

Una lección de claridad

Simone Weil a cien años de su nacimiento

Myriam Moscona

El pensamiento de Simone Weil prevalece hoy como un ejemplo de libertad cristiana irrepetible. Myriam Moscona recorre en este ensayo la trayectoria intelectual de la gran filósofa francesa.

La frágil y delgada jovencita de gafas, de familia judía intelectual con inclinación agnóstica, vivió asida al dolor del mundo como parte de una generación aplastada por el impacto de las dos guerras. Nació en 1909 y murió treinta y cuatro años después, convertida al catolicismo, sin saber que su pensamiento llevaba una inclasificable veta filosófica de tinte místico con una visión crítica de su tiempo y en especial de la Iglesia católica, institución que —le parecía— deforma el amor de su prédica, un amor al que ella se entregó incluso por encima de su propia escritura. Jamás vivió con la conciencia de construir una obra. Pocas veces asistimos a la fusión de vida y pensamiento como en el caso de esta subversiva pastora que llevó sus convicciones políticas y religiosas al plano de la acción. Simone Weil no se dedicó a ejercer un misticismo contemplativo. Su notable precocidad intelectual se volcó desde la adolescencia al conocimiento de los griegos, así como de Kant, Descartes y Spinoza.

La joven ingresa en la Escuela Superior de París a los diecinueve años con la nota más alta seguida de la otra Simone (de Beauvoir). Ambas con un hondo impacto en la historia del pensamiento. La primera con un fer-

vor de culto, la segunda transformada en emblema por la lucha feminista. Muy pronto Weil comienza a fijar su mirada en la época convulsa que le produce a un tiempo asfixia y la perturbación necesaria para sensibilizarse frente a realidades ajenas, pues le afecta el dolor humano de cualquier procedencia. Sentimiento patente en su vida y en la obra que quedó dispersa tras su muerte.

Durante su época universitaria se produjo el caso de una hambruna que azotó a China. Al parecer la noticia le desató un llanto incontenible. La Beauvoir dirá más tarde: “Me intrigaba (...) y envidiaba ese corazón capaz de latir a través del mundo entero”. Algunos la llaman “la virgen roja” por su extraña combinación de inquietudes sociales y marxistas y por su búsqueda de la pureza y la verdad. En ese momento no están despiertas sus inclinaciones religiosas, por el contrario. Rechaza, por ejemplo, a un amigo cercano convertido al catolicismo pues ella profesa una clara postura anticlerical (y la mantiene siempre).

Simone Weil se dedica de lleno a la docencia pero tiene un ojo puesto en la naturaleza del sufrimiento humano, más concretamente en el trabajo obrero. Es



Simone Weil



consecuente con esa preocupación que la lleva a entrar, como una asalariada más, a la fábrica de coches Renault abandonando su carrera docente. Tenía entonces veinticinco años. Su experiencia quedó recogida en *Journal d'usine* (*Diario de fábrica*).

El padre Perrin, personaje que cobrará una fuerza especial en la vida y en las discusiones filosóficas de Simone, apunta que esa prueba rebasó sus propias fuerzas. “Su alma quedó aplastada por aquella conciencia de la desgracia que la marcó para toda su vida”.

Durante ese año inmediatamente anterior a la guerra absorbe lo que ella misma califica como “la marca del esclavo”.

Allí recibí para siempre la marca de la esclavitud, como la marca a hierro candente, como la marca que los romanos ponían en la frente de sus esclavos más despreciados. Después, me he considerado siempre una esclava.

El mundo de su salud parece incluirse en esta categoría. Le aqueja una sinusitis crónica. Su familia la lleva a pasar unas vacaciones a Portugal para beneficiarla del cambio de clima y de lugar y distraerla de sus males. En forma inesperada, una noche es testigo de una procesión católica popular, en una aldea de pescadores. Toma nota en su cuaderno: “Tuve de pronto la certeza de que el cristianismo es por excelencia la religión de los esclavos, que los esclavos no podían dejar de seguirla... y yo entre ellos”. Su rostro adolescente comienza a perder los rasgos de esa primera juventud. En 1936, a sus veintisiete años, se dispone a contactarse con grupos anarquistas que la llevarían a participar en la Guerra Civil Española, experiencia interrumpida por una quemadura grave en el pie debida a la falta de

pericia en estos asuntos (se quema con aceite hirviendo). Se siente hondamente decepcionada por el sinsentido de las guerras, se da cuenta de que vencedor y vencido recurren a ejercicios similares de poder: la humillación del otro es un ejercicio recurrente (y de ambos bandos). Vive una decepción que sacude sus propios valores: está inmersa en una crisis, ella, que había traducido a Platón, que mostraba un interés intelectual y vital por la Grecia clásica y por los grandes místicos, se encuentra sola frente a sus propios valores: una colección de añicos.

Poco más adelante visita, en la Umbria italiana, la hermosa población de Asís. Vive allí su primer impulso de devoción cristiana que la lleva a hincarse y a rezar. A partir de este momento, su vida interior da un giro.

Habrà un evento posterior, más definitivo, que provocará otra vuelta de tuerca, aún más poderosa, hacia las meditaciones y a su bella y honda escritura. Presa de sus habituales dolores de cabeza escucha trenzarse el canto gregoriano de los monjes en la Abadía de Solesmes en la región de Les Loires.

Cada sonido me dolía como un golpe; sólo un extremo esfuerzo de atención me permitía salir de esta miserable carne, dejarla que sufriera sola, acurrucada en su rincón, y encontrar una alegría interior pura y perfecta en la inaudita belleza del canto y las palabras. Una experiencia que me permitió por analogía amar el amor divino a través de la desgracia.

Sus preocupaciones sociales se mantendrán hasta el final pero teñidas de su particular forma de amar y aceptar la presencia de Dios. Había ya publicado *Echar raíces*, obra donde la Iglesia es vista en su papel de tes-

A pesar de su misticismo, Weil no renuncia a sus convicciones políticas pues su modo de estar con Dios se ubica siempre del lado de los hombres.

tigo mudo en uno de los hechos más reprobables de la invención humana: la industria alemana del sufrimiento: “El cristianismo, de hecho, y con la excepción de algunos focos de luz, es una cuestión de conveniencia relativa a los intereses de quienes explotan al pueblo. No es de extrañar entonces que desempeñe un papel muy mediocre, en estos momentos, contra la forma actual del mal” (el nazismo).

Su vida y su obra están trenzadas como si una se desprendiese de la otra y no supiéramos distinguir qué parte es vida y cuál pensamiento. No sin cierta ironía crítica dice preferir “ser objeto de persecución que objeto de filantropía”, dardos de una mente notable capaz de elevarse por encima de sus propias palabras.

Tengo la necesidad esencial, la vocación —pues creo que puedo llamarla así— de moverme entre los hombres y vivir en diferentes medios humanos fundiéndome con ellos, adoptando su mismo color, (...) a fin de que se muestren tal como son sin que tengan que disfrazarse para mí.

La enorme carga reflexiva de sus escritos filosóficos están dispersos en su bibliografía pero especialmente en dos obras: *La gravedad y la gracia* y *En la espera de Dios*, textos de una mente analítica que con belleza, pasión y amor por el lenguaje exponen un sometimiento a las fuerzas divinas activas en su ser. Representan también la aportación de un discurso crítico contra la institución eclesiástica. Hecho que explica por qué Simone Weil, una de las criaturas más entregadas al amor religioso de esa tradición, será ignorada por las huestes oficiales, como si su pensamiento no existiera. La Iglesia ha santificado figuras mucho menos altas que las de esta pastora que consagró su vida al amor de los pobres y a la comprensión y contención del dolor, sobre todo el ajeno.

A pesar de su misticismo, Weil no renuncia a sus convicciones políticas pues su modo de estar con Dios se ubica siempre del lado de los hombres. Cuando el general De Gaulle se convierte en el líder de la resistencia frente al dominio nazi, ella escribe en diversas publicaciones. Quiere volver a la docencia pero su condición de judía le cierra todas las puertas. Reclama el maltrato tanto a judíos como a franceses de procedencias diversas. Tiene treinta y un años. Al rendirse Francia, Simone Weil se establece en Vichy. Desde la trin-

chera de su escritura en distintas publicaciones expone con valentía sus puntos de vista. Tras la rendición del gobierno francés, su familia le ruega alejarse de Vichy, proteger su vida. Ella se resiste. El destino la lleva entonces a Marsella. Se promulga en ese momento el decreto administrativo contra los judíos. No se amedrenta. La espera el encuentro con el sacerdote Perrin convertido en el interlocutor fundamental de *En espera de Dios* y allí también entabla relación con otro escritor católico que organiza trabajo comunitario. En un principio éste rechaza con antipatía la actitud subversiva de Simone. Ella nuevamente se va con los más humildes y hace trabajo en el campo, como una especie de “obrero agrícola” tal como lo hiciera en la fábrica

AUTOBIOGRAFIA ESPIRITUAL

i altres escrits de Marsella

SIMONE WEIL

Traducció i pròleg d'Emilia Bea

rent
col·lecció

denes
EDITORIAL

años atrás, ahora en la vendimia del valle del Ródano. Casi nunca habla de sí misma pero mantiene una relación viva con los famosos *Cahiers du Sud*. Firma con un anagrama de su nombre: Emile Novis. Su pensamiento está transfigurado ya sea en poemas, artículos y hermosos fragmentos de contenido filosófico.

Gracias a que Simone confía sus manuscritos a distintos amigos se publica de forma póstuma, *La gravedad y la gracia*.

Weil constituye una de las escasas místicas del siglo XX. Sin embargo es capaz de exponer el carácter subversivo de sus análisis teológicos acerca, incluso, de la propia relación con Dios. “La religión como fuente de consuelo es un obstáculo a la verdadera fe; en este sentido, el ateísmo es una purificación. Debo ser atea con la parte de mí misma que no ha sido hecha para Dios”.

O bien: “Un modo de purificación posible: orar a Dios, no sólo en secreto con respecto a los hombres, sino pensando que Dios no existe”.

Simone muere el 24 de agosto de 1943. Un año antes había abandonado Marsella para ir a Nueva York, donde sus padres y su hermano la esperaban desesperados. Durante 1942 escribe sin cesar. Su espíritu no tolera estar alejada de sus compatriotas franceses en la lucha contra el nazismo. Por ello, en noviembre de ese mismo año, se embarca desde Nueva York —sola nuevamente— hacia Inglaterra para unirse a la resistencia de Francia Libre, movimiento fundado por el general De Gaulle. Hacia comienzos de 1943, sólo consigue en esta organización, debido a su débil condición física,

un puesto administrativo como redactora de informes. Realiza con entusiasmo su tarea y escribe, incesantemente escribe. Simone pretende participar en el frente de guerra y por ello le expone al general De Gaulle la idea de realizar algunas misiones. El general la rechaza, la cree loca.

En abril de 1943 le diagnostican tuberculosis. En el hospital se niega a comer. El dolor de no estar activa en la lucha la conduce al sacrificio: sólo se lleva a la boca la misma ración permitida por sus compañeros detenidos en la Francia ocupada. Su fallecimiento fue considerado “suicidio por anorexia”.

En esos momentos, es prácticamente desconocida. Hay pocas huellas de su pensamiento filosófico, tampoco es reconocida como intelectual de izquierda, salvo en ámbitos pequeños. Su obra permanece apartada de los círculos literarios. Al fin de la guerra sus amigos comienzan a editar sus escritos, a difundir su pensamiento.

Simone Weil quiso encontrar un modo de enfrentar el dolor: “El alma no puede amar a Dios si no es a través del mundo”. El dolor, un maestro: “No podrías haber nacido en mejor época que ésta, en que todo se ha perdido”.

T.S. Eliot, Camus, Sartre admirarán la obra de esta filósofa francesa retirada del mundo sin saber que la estela de su pensamiento sigue entre nosotros. Ella es una lección de claridad.

Al repasar *La gravedad y la gracia* y *En espera de Dios* cobran sentido las palabras de Francisco de Quevedo: “Hay libros cortos que, para entenderlos como se merecen, se necesita una vida muy larga”. U

